

RESEÑAS

Úrsula Camba Ludlow, *Imaginarios ambiguos, realidades contradictorias: conductas y representaciones de los negros y mulatos novohispanos. Siglos XVI y XVII*, México, El Colegio de México, 2008, 227 p.

Desde que se publicó la monumental investigación *La población negra de México, 1519-1810. Estudio etnohistórico* (1946), de Gonzalo Aguirre Beltrán, referencia obligada para los estudios del tema sobre el origen y actuación de los negros en la Nueva España, han surgido diversas obras que han enriquecido el conocimiento de la población africana en el Nuevo Mundo. El libro de Ursula Camba Ludlow no es la excepción. Mediante un riguroso y extenso examen de textos y documentos en bibliotecas y archivos, entre los que se cuentan el Archivo General de Indias de Sevilla (España), el Archivo General de la Nación, el Archivo Judicial de Puebla y el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional (México), y fuentes como las crónicas religiosas, los villancicos y la iconografía, la autora consigue plasmar cuidadosamente un complejo panorama de las imágenes, formas y conductas de los negros y mulatos novohispanos.

En el primer capítulo (p. 27-51) Camba Ludlow efectúa un recuento de los orígenes de la esclavitud en la antigüedad grecorromana, en el mundo islámico y en la Edad Media. Muestra tanto las concordancias como los desfases de la institución esclavista a lo largo de veinte siglos y su reelaboración en la Europa Moderna (siglos XV-XVII). Además, para el desarrollo del concepto de "imaginario" la autora toma como referencias principales a Bronislaw Baczko (*Les imaginaires sociaux. Mémoires et espoirs collectifs*, 1984) y George Duby (*Les trois ordres ou l'imaginaire du féodalisme*, 1978), señalando como su objetivo rescatar las representaciones e imágenes que los novohispanos "construyeron" en torno a la población de origen esclavo en el México colonial. En una segunda parte de esta sección muestra cómo se fue cimentando y desarrollando la imagen del continente africano en el imaginario europeo y como dicho "perfil" se tiñe de exotismo, deformidad ("Marco Polo describió a los negros de Zanzíbar como seres aberrantes", p. 42) y, por momentos, hasta amenaza. La llegada de los africanos al continente americano está

ligada de forma indisoluble a su condición de esclavos, “mancha” que perdurará con el correr de los dos siglos analizados.

En el segundo capítulo (p. 53-81) Camba Ludlow justamente advierte que no distinguirá entre negros y mulatos, tanto esclavos como libres, ya que la legislación metropolitana y virreinal, al emitir diversas prohibiciones, advertencias y castigos, tampoco lo hacía. Aquí la historiadora insinúa (aunque en ese apartado no ahonda en el tema) un rasgo que será característico y que pervivirá con el correr de las centurias en el grupo de origen africano: no importa tanto el *status* jurídico de negros y mulatos, sino la “mancha indeleble” que los acompañará por generaciones. La sombra de la esclavitud, de lo impuro (“gente tan sin alma y sin onrra”, p. 92). Este aspecto es de especial interés ya que, de hecho, la idea de “mancha” que pervive contradice la “realidad” objetiva y biológica. Ahora sabemos, gracias a los estudios de genética que al contrario de lo que estableció este estereotipo (tal y como la autora lo señala) el gen negro es recesivo y por lo tanto después de sucesivas mezclas, tanto con indígenas como con españoles, los rasgos negros (principalmente el color de la piel) “desaparecen” o se desvanecen hacia la quinta generación.

En cuanto al tercer capítulo (p. 83-109) la autora nos muestra casos muy reveladores de mulatas que poseían esclavos y bienes y que eran capaces de realizar negocios y transacciones, de negros y mulatos rehabilitados y protegidos por los españoles (como el caso del sermón de la cofradía de San Roque o verbigracia los criados que delinquen y son solapados por sus amos). Poco sabíamos de aquellos hombres y mujeres (supuestamente confinados al último escalafón social e imposibilitados para acceder a una cierta bonanza) capaces de reunir un cierto capital y vivir en situaciones desahogadas. A pesar de ser casos aislados nos revelan las “posibilidades” (prácticamente inexistentes en su contraparte, la realidad esclavista norteamericana) que no se desprenden de las normas sino de la “vida real”, de intercambios que contradicen la vulgata común sobre los “pobres” y “desvalidos” negros.

El cuarto capítulo (p. 111-149) abarca representaciones completamente opuestas del grupo negro-mulato. Por un lado, en efecto, emergen los estereotipos ya conocidos: los negros como seres fuertes (“aparecieron como los súbditos de mayor fortaleza física del virrei-

nato”, p. 111) y las mulatas como mujeres bellas y coquetas (la estudiosa recuerda algunas consideraciones del viajero italiano Francesco Carletti: “en valor, juicio y facciones y disposición del cuerpo y orden de los miembros, excepto en el color, superan en mucho a nuestras mujeres de Europa [...], algunas me han parecido bellísimas y aquel color negro no me molestaba en absoluto”, p. 116-117). La autora continúa con dos casos muy sugestivos de dos negras, María de San Juan y Juana Esperanza de San Alberto, que habitaban en sendos conventos y que se distinguieron por su devoción y humildad. Estos casos, aunque únicos, como la misma investigadora señala, nos abren una ventana a otras realidades sobre las cuales la historiografía tradicional había corrido un velo. A pesar de no ser admitidas en los conventos como monjas, estas mujeres vivieron en los intramuros de los mismos la mayor parte de sus vidas, dedicadas a orar y a servir a Dios. Por último, Camba Ludlow muestra como lo diabólico, la oscuridad y la maldad, pero también el erotismo, tiñen las imágenes de los negros, tanto en las visiones de los religiosos, como en los relatos de vida de las monjas. Los demonios se presentaban como “etíopes horribles” (p. 145), pero su fealdad no los exime de provocar las más bajas pasiones en las mujeres recluidas en los claustros. Es así como la historiadora vuelve sobre las numerosas contradicciones que se suscitaron el mundo virreinal en torno a los negros.

En el quinto y último capítulo (p. 151-203) la investigadora utiliza fuentes que ofrecen un panorama novedoso y original sobre el tema. Recurre a villancicos, códices, cuadros de castas, adoraciones de los reyes magos y pinturas que muestran el desempeño de negros y mulatos de ambos sexos en la vida cotidiana del virreinato. En este apartado Camba Ludlow muestra otras representaciones poco conocidas del grupo en cuestión. Los negros en los villancicos, por ejemplo, aparecen inocentes y cándidos (imagen opuesta pues a la violencia e indisciplina de los mismos retratada en el libro en los capítulos anteriores). Ansiosos de ir a visitar a la Virgen y al niño Jesús, la alegría de sus cantos, la deformidad de su léxico y la devoción son características que los convierten en seres cómicos, pero también entrañables. En cuanto a las representaciones iconográficas del rey mago negro, éstas van acompañadas de una dosis significativa de exotismo, de joyas, turbantes, llamativos obsequios y ropajes.

Las imágenes de los criados de ambos sexos son también elegantes ya que, como es sabido, estos realizaban el rango de sus poseedores, de manera que tanto porte como vestimenta tendrían que ofrecer un mensaje inequívoco de prosperidad y riqueza. A su vez los cuadros de castas vuelven a la idea inicial (de ahí que los apartados sobre los orígenes y evolución de la esclavitud que la autora propone tomen otro cariz) de que no importa cuántas generaciones pasen, cuántas mezclas se hayan llevado a cabo, ni si hay antepasados españoles o indígenas, la “mancha” que los negros portan aparecerá eventualmente.

La aportación más valiosa y relevante de la interesante monografía de la autora es señalar las ambigüedades y hasta contradicciones que se suscitaron en las representaciones del grupo negro y mulato en la Nueva España. Como ella misma señala, a lo largo del texto, hemos conocido una “historiografía tradicional” que, casi exclusivamente, muestra a la población africana del antiguo régimen indefensa, abusada e incapaz de sobreponerse a la “desigualdad”, excepto cuando se rebela o amotina con violencia. En este sentido es preciso insistir en que, si bien el libro no pretende aportar algo definitivo acerca de la esclavitud y negritud en la Nueva España, sí contribuye a dos puntos fundamentales: por un lado, matizar una realidad sistemáticamente simplificada con base en la historiografía esclavista norteamericana. La esclavitud tuvo “caras” muy diversas según los virreinos, las regiones y las épocas y la investigación muestra las diversas facetas y peculiaridades que dicha institución tuvo en el mundo novohispano. Por otra parte, la importancia de dicho estudio radica precisamente en tomar en cuenta las “representaciones”, que a menudo rigen más los destinos de los individuos y los grupos sociales y étnicos que el contexto objetivo en el que se insertan y, sobre todo, el marco legal y “oficial” que les corresponde. Para los historiadores del pasado virreinal es esencial confrontar siempre las normas con las realidades vivenciales, ya que los desfases o desencuentros entre las mismas fueron una característica constante de la colonización ibérica. Así, de manera contundente, leyendo las páginas de *Imaginario ambiguo, realidades contradictorias*, nos damos cuenta que la vida de esta minoría novohispana fue más compleja: los negros y los mulatos eran los hombres de confianza de españoles (mayordomos, caporales, criados, etcétera), mientras

que las negras eran quienes compartían la intimidad (nanas, sirvientas, amantes, etcétera). Ello supone no sólo una relación de poder que es fácil de detectar a simple vista, sino algo que va más allá: los vínculos afectivos entretejidos entre los diversos conjuntos sociales que conformaban el enredado y desigual mundo virreinal.

Fernando CIARAMITARO

Universidad Autónoma de la Ciudad de México
Academia de Historia y Sociedad Contemporánea
El Colegio de México. Centro de Estudios Históricos

